

El roble de los abrazos

Hubo una vez, una única jornada en mi vegetal y humilde existencia, hace ya una legión de años, en que fui famoso. Me había quedado completamente desnudo. Fotógrafos profesionales y turistas eventuales me apuntaban con los objetivos de sus cámaras desde la glorieta. Los patos del estanque me observaban atónitos, patitiesos. Varios reporteros intentaban recabar información entre los asiduos al parque. Mis colegas de antaño, el resto de árboles, se debatían entre la incredulidad y el rechazo. Un engreído botánico sabelotodo constató estupefacto que no lo sabía todo y decidió tomar muestras de mi savia, empeñado en desentrañar lo inexplicable. Ninguno de ellos podía intuir, ni por asomo, lo que había acontecido. Agosto se asomaba a su ecuador, pero para mí, y solo para mí, fue una jornada de pleno otoño, porque hice que cayeran mis hojas. Estuve más de dos meses siendo el único roble sin hojas del parque. Valió la pena. No por las fotos en los periódicos, ni por aquel reportaje sensacionalista de televisión que se tomó la libertad de presentarme como al único ejemplar de una nueva especie, a la que llamaron con sorna *Quercus unicornius*. Todo eso no me importaba. Valió la pena por ella, por mi niña.

La conocía desde que iba en cochecito. Su madre la llevaba al parque, se sentaba en el banco que hay justo bajo mi copa, la cogía en brazos, y se pasaba largos ratos de estío compartiendo con ella mi sombra. Le acariciaba los hoyuelos de las mejillas y le leía el alma y le susurraba cariño como solo saben hacer las madres. Ella la recompensaba con ese don mayúsculo e innato que posee, con esa peculiar arma de construcción masiva de la que dispone: su sonrisa. Era su niña, pero esa sonrisa, esa media luna que era pura magia, la convirtió también en la mía.

Aunque mi niña fue creciendo, no dejó de visitarnos ni a mi banco ni a mí. A veces sola, otras con su madre. La recuerdo inspirando profundamente el habitual aroma a césped recién cortado que reina aquí, o explorando todos los recovecos del parque como si para ella no existieran los senderos marcados, o sumándose sin complejos a ese parpeo alborotado e ininteligible de los patos, o reposando su espalda en mi agradecido tronco.

Recuerdo también, por supuesto, aquella tarde de septiembre. Estaba sentada en el banco con su madre, observando con atención su manita derecha. Cinco dedos. Su quinto aniversario...

– Mamá, ¿Ya soy mayor? ¿Cómo puedo saber si ya soy mayor? - le soltó.

Su madre la miró, la miró como solo saben mirar las madres, y le respondió sin sospechar lo que sus palabras podían llegar a significar para mí...

– Soy la menos indicada para responderte. Siempre te veré como la niña que ahora eres. Pero quizás pueda ayudarte nuestro amigo, el roble. Intenta rodear su tronco con tus brazos. Puede que un día tus manos se toquen al hacerlo... y puede que sea ese el día en el que te hayas hecho mayor.

Mi niña se levantó al instante, como empujada por un potente resorte invisible, y me rodeó con sus pequeños brazos. Sus manos quedaron, claro está, muy lejos la una de la otra. Para ella fue solo un desengaño efímero que diluyó su sonrisa apenas durante una pequeña fracción de instante. Para mí fue su primer abrazo. Los árboles contamos nuestros años por anillos, o eso dicen, ya que ninguno de nosotros se ha visto cortado a sí mismo, pero estoy convencido que a partir de ese momento mis anillos, los entresijos de mi alma, adquirieron un tono anaranjado brillante, de ese naranja que te llena de energía.

Hubo más abrazos. Muchos más. Y entre abrazos la veía crecer a ella y a su sonrisa. Rezumaba ya adolescencia cuando llegó esa jornada, la de los fotógrafos y los periodistas y el botánico sabelotodo, con sus fotos y sus crónicas y su portamuestras. El día anterior, por la mañana, el parque se había vestido de gala. Se corría una carrera infantil de cross. Mi corteza se erizó al ver a mi niña con dorsal. Empezó la carrera. Para mí también, porque yo la empujaba. Le daba ánimos. Sabía que no podía oírlos, pero quería pensar que, de alguna manera, le llegaban. Sufrió, pero aguantó. Se reservó un punto para el final, y me sentí tan orgulloso de ella... Al poco rato de acabar la competición se acercó a mí y me rodeó de nuevo con sus brazos. Imagino que esa carrera le hizo sentirse mayor de lo que era al levantarse por la mañana. Comprobó que sus manos seguían sin encontrarse, y la decepción ensombreció de nuevo su cara por unos segundos. Me sorprendió que volviera, sola, por la tarde. Estuvo recorriendo con la mirada el circuito al que se había enfrentado hacía solo unas horas. Se la

veía contenta, pero cansada. Se echó en el banco... y se durmió. El anochecer llegó pisando fuerte, sin pedir permiso. El mercurio descendía con rapidez, dando la espalda al calendario. Ella seguía dormida. Justo después de que el atardecer y su penumbra se desplomaran sobre el parque, vi y oí cómo tiritaba. Frío de octubre en una noche de agosto. Quería protegerla, pero no tenía posibilidad alguna de hacerlo ¿O sí la tenía? Se me ocurrió una idea genial, descabellada, que apuesto que provenía de uno de mis anillos naranjas. No perdía nada por intentarlo. Me relajé. Me concentré. Visualicé el otoño como si fuera un actor de método aplicando a rajatabla el método Stanislavski. Visualicé ráfagas violentas de viento que solo existían dentro de mí. Ocurrió. Era noche cerrada cuando sus padres, desesperados, vinieron al parque y la encontraron sobre el banco, resguardada del frío por mis hojas. Por todas ellas. Su padre iluminaba el banco con una linterna. Su madre se acercó para darle calor, pero ella no tenía frío. Yo la había abrigado. La abrazó, y dijimos al unísono: "*Mi niña*". Lo dijimos ambos, pero solo se oyó su voz. A mí me miró y a ella le habló...

– Fíjate. Nuestro amigo el roble te ha entregado sus hojas. No estabas sola.

En ese momento, casi a medianoche, con una linterna ensartando con su lanza de luz el aire húmedo, mi niña me rodeó con sus brazos. Fue la primera vez que no lo hizo para ver si ya era mayor. Me abrazó como a un amigo. Al alba, los primeros *runners* del parque se dieron cuenta que había un árbol, un único árbol en todo el recinto, que se había vestido de otoño. Se corrió la voz. Todos sabían que había perdido mis hojas. Nadie supo que esa noche nació una amistad.

Continuó creciendo, y viniendo a menudo. Compartíamos descansos de instituto y noches de estrellas. Siguió sentándose en nuestro banco, pero dejó de rodearme con sus brazos. Las visitas fueron espaciándose. La veía unas pocas veces al año. Pasó a empujar cochecitos y a susurrar cariño a sus propios bebés, como su madre había hecho con ella. Me encantaba ver reír a sus hijos, pero su sonrisa seguía siendo, para mí, la campeona de las sonrisas.

Muchísimos anillos después, mi niña se ha convertido en mi abuelita. Me ha ido presentando a sus nietas, de momento van tres, que tienen sus mismos hoyuelos en las mejillas. Hoy ha venido sola. Sin bebés. Sin niños. Lleva un antiguo álbum de fotografías en la mano, ajado por los lustros. Se sienta en el banco. Su madre venía a menudo con ese mismo álbum, también sola, se acomodaba justo

donde está ella ahora, y su cara se iluminaba y se humedecía, a partes iguales, con todas esas imágenes vestidas de esmoquin, en blanco y negro, donde aparecían ellas dos. No sé si sabe que su madre hacía eso. Me gustaría decírselo, pero no puedo. Ella es la primera vez que lo hace. Nunca la había visto llorar. Empapada por la pérdida, abre el álbum buscando desesperadamente un consuelo que necesita encontrar. Cada fotografía es un recuerdo, o una multitud de ellos. Regalos envueltos por el tiempo. Rectángulos preñados de cariño. Un botiquín cargado de susurros. Va pasando las páginas. Va asomando lentamente, de forma muy contenida, su sonrisa. En la última página está mi fotografía preferida, una que su madre nos hizo el día de su quinto aniversario, cuando me rodeó con sus brazos por primera vez. Me doy cuenta que ella la está mirando, porque oigo un hilo de voz salir de su garganta...

– ¿Qué ha pasado con aquella niña, mamá? ¿Ya se ha hecho mayor?

La veo levantarse del banco a mi niña de cabellos plateados. Se acerca.

Para mí, es un abrazo después de media eternidad. Para ella, es la respuesta a la pregunta que hace décadas que no se hacía.

Sus manos, al rodear mi tronco, todavía no se tocan.

– Menos mal – susurra.

Josep Fábregas Ezquerria